

**EZLN, 18 años alumbrando la autonomía. El *mandar-obedeciendo* como forma de autogobierno en Chiapas.** Majo Siscar<sup>250</sup> (texto) y Adolfo López (fotos)

Un cartel sorprende al visitante en medio de la carretera de San Cristóbal de las Casas, el corazón de Chiapas a Simojovel, la cuna del ámbar. “Está usted en territorio en rebeldía, aquí el pueblo manda y el gobierno obedece”, reza un letrero entre la tradicional neblina que nos avisa que ya llegamos al Caracol de Oventik, *Corazón Céntrico de los Zapatistas delante del Mundo*. Este es uno de los cinco centros administrativos que establecieron las bases civiles del Ejército Zapatista de Liberación Nacional para autogobernarse. Y aquí, el cartel de la entrada no es un eslogan publicitario, es el resumen de la praxis política de los zapatistas. Pero, ¿quiénes son estos encapuchados bajitos que nos sorprenden con carteles irreverentes y murales de colores en medio de una carretera sinuosa que atraviesa bosques y barrancas a más de 2.500 metros de altura?



El Ejército Zapatista de Liberación Nacional, EZLN, es una guerrilla indígena que saltó a la luz pública el 1 de enero de 1994. En plena resaca de los festejos del cambio de año, centenares de indígenas armados y con pasamontañas irrumpieron en varias ciudades de Chiapas, en la frontera sur de México, uno de los tres estados más pobres del país. Miles de mujeres y hombres de tez morena que pueblan los bosques y la selva chiapanecas, aquellos que cuando iban a la ciudad tenían que bajar de la acera cuando pasaba un *caxlan* –palabra maya para designar a los blancos y mestizos-, los prescindibles, los nadie, tomaron las ciudades chiapanecas al amanecer para decir “basta” a la pobreza, a la marginación, a morir de hambre y de enfermedades curables, a la invisibilidad. Tuvieron que cubrirse el rostro para ser vistos y agarrar las armas para exigir reconocimiento en un país que los negaba.

<sup>250</sup> Es corresponsal de <http://periodismohumano.com>, en México. El pasado agosto, cansada de cubrir sesiones parlamentarias en la televisión valenciana InfoTV, se ató la manta a la cabeza y regresó a Chiapas (México), donde ya había trabajado un año capacitando a comunidades indígenas en el uso del video y la radio comunitaria, desde la concepción que la comunicación es una herramienta más para el desarrollo de los pueblos

“Esto somos nosotros. El EZLN. La voz que se arma para hacerse oír. El rostro que se esconde para mostrarse. El nombre que se calla para ser nombrado. La roja estrella que llama al hombre y al mundo para que escuchen, para que vean, para que nombren. El mañana que se cosecha en el ayer”<sup>251</sup>.



“Hoy decimos ¡basta!, (...) los desposeídos somos millones y llamamos a todos nuestros hermanos a que se sumen a este llamado como el único camino para no morir de hambre ante la ambición insaciable de una dictadura de más de 70 años encabezada por una camarilla de traidores que representan a los grupos más conservadores y vendepatrias”<sup>252</sup>, leyó un encapuchado enigmático desde el balcón del ayuntamiento de San Cristóbal en su declaración de guerra al estado mexicano. Este encapuchado, más alto, de pipa en mano, resultaría ser después su portavoz, el Subcomandante Marcos.



<sup>251</sup> Fragmento del discurso inaugural de la mayor Ana María, en el primer encuentro zapatista, el 27 de julio de 1996

<sup>252</sup> Primera declaración de la Selva lacandona con la que esta guerrilla indígena, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, declaró la guerra al Estado mexicano.

Era el día que entraba en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, que marcó la consolidación definitiva del neoliberalismo en México, y los nuevos zapatistas presentaban once peticiones fundamentales relacionadas con el derecho al trabajo, la tierra, la vivienda, la alimentación, la salud, la educación, la independencia, la libertad, la democracia, la justicia y la paz. En definitiva pedían ser ciudadanos de primera en un país que los desconocía, y tener capacidad para gozar del ejercicio de esta ciudadanía con respeto a sus modos de producción y autogobierno tradicionales, más allá del sistema de partidos y la sobreexplotación de la tierra. Ahora dieciocho años después, lo llevan a la práctica por su cuenta. En sus Juntas de Buen Gobierno, con el trabajo colectivo de la comunidad como promotores de salud, educación, o comunicación para crear todos esos servicios que el estado les ha negado.

Tal vez sin saberlo, los zapatistas empezaron ese día, la primera revolución del siglo XXI. Ahora, dieciocho años después siguen construyéndola. Desde el 12 de enero de 1994, esta guerrilla no ha vuelto a disparar un solo tiro, pero el camino no ha sido nada fácil.



En 1994, después de 12 días de enfrentamiento, el gobierno aceptó sentarse a negociar y se decretó un alto al fuego que los zapatistas nunca han vuelto a romper. Sin embargo, estos *nadie* lograron el primer diálogo nacional con el Ejecutivo en febrero-marzo de 1994 y posteriormente, entre el 95 y el 96, se elaboraron los Acuerdos de San Andrés, que establecían la lucha agraria, la lucha por el reconocimiento legal de los derechos de los indígenas y la construcción de estructuras de gobierno autónomas.

Aunque pronto se quedaron en papel mojado, los Acuerdos son un documento de referencia y dieron visibilidad a los pueblos indígenas. De ellos salió el Congreso Nacional Indígena que convirtió a los pueblos originarios en un actor político. En el 2001, con el cambio de color político en el gobierno mexicano después de 80 años de mandato del Partido Revolucionario Institucional, decidieron volver a recurrir a las instituciones, esta vez al poder legislativo. Un contingente de

zapatistas caminó 37 días a lo largo de 6 mil kilómetros en lo que llamaron la Marcha del Color de la Tierra. Desde la selva lacandona llegaron al Congreso de la Nación, visitando a su paso varias experiencias comunitarias del sur y centro del país. El 28 de marzo de 2001, una mujer menuda, encapuchada y con huipil blanco y rojo habló a los mexicanos desde la máxima tribuna del país sobre los beneficios de reconocer en la Constitución los derechos y la cultura de los pueblos indígenas. “Estamos pidiendo que se nos reconozcan nuestras diferencias como indígenas y nuestro ser mexicano”, exigió a los legisladores la Comandante Esther, del EZLN. Conviene recordar esta intervención insólita, no solo porque fue la primera vez que una mujer indígena hablaba en el Congreso pese a que en México hay 15 millones de indígenas, sino que era la misma petición que habían hecho siete años antes, con el alzamiento armado, el 1 de enero de 1994.

Sin embargo la respuesta oficial fue el rechazo absoluto. Todos los partidos políticos aprobaron por unanimidad una reforma constitucional que desconoció los Acuerdos de San Andrés. A partir de ese momento nada volvería a ser igual.



Actualmente, la situación del estado de Chiapas, uno de los que tiene mayor población indígena a lo largo de la República, sigue siendo muy precaria. La pobreza es extrema. Según datos oficiales del gobierno de Chiapas en 2005, de 118 municipios, un total de 109 padecen una marginalidad alta o muy alta; el salario mínimo interprofesional ha perdido un 20% de su valor adquisitivo desde 1994; el 25'9% de la población indígena no dispone de agua corriente; más del 40% de los jóvenes de quince años no han cursado la primaria completa y una quinta parte de la población no ha recibido nunca algún tipo de formación. Este último dato dispara los índices de analfabetismo que era, en 2005, de 28% para los hombres y casi el 50% para las mujeres. Podría llenar páginas de datos sobre la situación en Chiapas, pero no hay dato que describa mejor las condiciones de vida actuales que el hambre que surca los rostros de los niños indígenas que venden cualquier souvenir a los turistas en San Cristóbal.

Este abandono de la clase política, que sigue sin llevar sanidad, educación y una vida digna a los pueblos indígenas, hace que la experiencia zapatista cobre aún más fuerza. Pues éstos, ante la traición de la clase política en el 96 y en el 2001, convirtieron su decepción en empoderamiento. Si no había reconocimiento legal de sus necesidades y sus modos propios, los ejercerían en la práctica. Así, recuperaron miles de hectáreas de tierras a los caciques para trabajarlas ellos mismos. Y empezaron una política de fortalecimiento local. Para ello, la estructura militar cedió espacio a sus bases de apoyo, como se hacen llamar los zapatistas civiles. Se organizaron en Municipios Autónomos Rebeldes Zapatistas, que estructuran los territorios que controlan y promueven el desarrollo local fuera de las leyes gubernamentales. Y con la suma de estas municipalidades establecieron cinco supraregiones, que funcionan como centros de poder político y administrativo, los Caracoles. En 1998, el EZLN controlaba 38 municipios autónomos concentrados en el centro y oriente de Chiapas y, ya en 2003, existían cinco Juntas de Buen Gobierno, sus autoridades, compuestas por delegados de los diferentes municipios que se relevan temporalmente y son elegidos por la propia comunidad. El pilar de su autonomía se resume en el *mandar-obedeciendo* que promulgan. Este es heredero de la cosmovisión indígena de los pueblos maya que conforman el EZLN. En sus comunidades, los indígenas se organizan en

asamblea y con un gran arraigo a la tierra. Los zapatistas desarrollaron esta práctica originaria y la transformaron en una propuesta política alternativa. Oventik es solo uno de los caracoles. Los otros cuatro son La Realidad o “Madre de los caracoles del mar de nuestros sueños”, Morelia o “Torbellino de nuestras palabras”, La Garrucha o “Resistencia hacia el nuevo amanecer”, Roberto Barrios o “Caracol que habla para todos”. En cada uno se reúne la Junta de Buen Gobierno, como han llamado a sus autoridades, compuestas por delegados de los diferentes municipios que se relevan temporalmente y son elegidos por la propia comunidad. Son los responsables de los proyectos, la administración y la impartición de justicia. Se organizan tanto para arreglar un camino como para decidir que castigo debe cumplir quién cometa un delito en su territorio. No solo desconocen a los partidos políticos sino que no aceptan ninguna regalía, ni subvención estatal. Tampoco pagan la luz o el agua potable, que por otro lado, llega muy precariamente.



“Aquí estamos luchando por nuestra conciencia, es necesario gobernar nuestros pueblos, seguimos resistiendo, luchando para todos”, me decía en mi última visita a Oventik un hombre bajito, de pantalón de mezclilla y paliacate –como llaman al pañuelo campesino- cubriéndole el rostro. Era uno de los siete integrantes de la Junta de Buen Gobierno. En ésta, son siete por turno, un delegado por cada uno de los municipios autónomos que integran la región de los Altos de Chiapas, y los turnos duran una semana y se distribuyen entre tres grupos, para que los hombres y mujeres delegadas para ser autoridad, puedan volver a sus casas y tener tiempo de ocuparse de sus tierras y sus familias. Ya que estos gobernantes, como todos los cargos comunitarios zapatistas, no reciben ningún salario ni pago por su labor, su recompensa es la mejora de su vida cotidiana y la de su comunidad.

El cargo de autoridad dura de uno a tres años dependiendo de cada una de las Juntas. Si el pueblo evalúa una mala gestión, puede cambiarlos. Es el *mandar-obedeciendo*, el pilar de su otra manera de hacer política. Y en esta otra manera, la oficina de la Junta de Buen Gobierno es una simple casita de madera con techo de lámina en el cuál cuelgan pósters del EZLN y de organizaciones internacionales que les ofrecen solidaridad. Sí, a ellos, a los que hace dos décadas nadie veía, ni en

su propio país. Ahora en cambio, estos hombres y mujeres son un referente mundial.

A diferencia de sus vecinos no organizados, los zapatistas gozan de sistema de salud y educación propio. El caracol de Oventik, por ejemplo, tiene una clínica, La Guadalupana, que atiende las principales enfermedades y hasta tiene un servicio de óptica. Los médicos son zapatistas de las comunidades de la región que, a petición popular se han capacitado como promotores de salud, gracias a los talleres frecuentes de médicos solidarios así como equipo y medicinas. Además incorporan sus saberes propios sobre hierbas medicinales.

Muy cerca de La Guadalupana, en Oventik sorprende el Centro de Comunicación Autónoma. Ahí, varias personas revisan Internet mientras Jorge prepara un dossier de prensa con las noticias del día a la Junta de Buen Gobierno, para que estén informados. Cuando acaba se pone a editar videos en un ordenador *macbook pro*, conseguida con el apoyo de la cooperación internacional. Jorge es uno de los promotores de comunicación más veteranos de Oventik. En 1998 un grupo de videoastas enamorados del movimiento decidieron facilitar cámaras de video a las comunidades zapatistas para que las usaran como herramienta de denuncia ante posibles agresiones del ejército o de paramilitares. Apenas unos meses antes, un grupo paramilitar había asesinado a 45 tzotziles que rezaban en una iglesia de la comunidad de Acteal, simpatizantes del movimiento, en lo que ha sido la peor masacre después del alto al fuego.

Los compañeros vislumbraron la posibilidad que tenía el video y decidieron crear su sistema propio de información para no perder el tren de las nuevas tecnologías. Ahora, Jorge y otros camarógrafos zapatistas dominan la red y la edición de video y hacen sus propios documentales sobre sus trabajos autónomos y costumbres. De hecho Jorge ganó un premio internacional de documental indígena. Sin embargo, tiene que compatibilizar su cargo comunitario, que adora, con sus obligaciones domésticas. Para ello se levanta de madrugada para ir a la milpa, como se conoce en México el campo de maíz. Con un par de tortillas con frijoles en el estómago y su pozol agrio en el morral sale a trabajar los maizales. La niebla, tan frecuente en los Altos de Chiapas, aún cubre las mazorcas pero hay que apurarse para llegar a atender el Centro de Comunicación del Caracol Oventik y la zapatería cooperativa donde también trabaja junto a otros compañeros. Como las mujeres que han creado cooperativas para comercializar sus bordados tradicionales y sus artesanías. O las asociaciones de productores de café, que exportan café orgánico chiapaneco de gran calidad a un precio digno para ellos y quién lo consume.

Todo esto ha sido posible gracias a la organización comunitaria y el apoyo externo. También así se han construido escuelas en todo el territorio. Oventik tiene una primaria y una secundaria autónomas con su biblioteca. Ahí, los promotores de educación dan clase a las niñas y niños en su propia lengua. Esto está propiciando un renacimiento cultural pues en un lugar donde las comunidades perdían su lengua, los jóvenes la están aprendiendo de nuevo. El lingüista Carlos Lenkersdorf, uno de los mayores estudiosos de lenguas mayas contaba que cuando él y su esposa llegaron a una comunidad tojolabal a vivir y les pidieron que les enseñaran su lengua, los indígenas se sorprendieron. “Ustedes son los primeros que quieren aprender de nosotros. Aquí todos llegan con nosotros para enseñar a nosotros como si no supiéramos nada... Así llegan maestros, extensionistas, oficiales de la Reforma



Agraria y de otras instancias del gobierno, los doctores, los padres y tantos más. Pero ustedes no. Aquí están ustedes para aprender de nosotros”, recuerda en uno de sus textos<sup>253</sup>.

Así, la educación zapatista es una apuesta cultural y política por la autonomía. No se enseña la historia oficial, sino la de las luchas populares, la suya propia, los más de 500 años de resistencia popular, a la conquista, a la colonia, al estado burgués y al neoliberalismo. Los jóvenes de la secundaria estudian qué es el capitalismo y como les afecta. Aprenden la Ley Revolucionaria de Mujeres, dictada por las propias mujeres zapatistas, un año antes del alzamiento pero muchos años después de empezar el trabajo de organización y politización que desembocó en el alzamiento. En ella se establece que las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres, algo difícil aún de conseguir plenamente. Pero Paty lo tiene claro, esta adolescente tzotzil tiene claro que aunque se case va a seguir siendo maestra en la escuela primaria. No todas las mujeres zapatistas tienen la misma fuerza para desafiar las costumbres que las relegan a la casa y las artesanías.



La secundaria cuenta con dormitorios para el alumnado que viene de las comunidades más alejadas. Y todos tienen acceso al auditorio general y a la cancha de baloncesto. Los indígenas chiapanecos prefieren el baloncesto al fútbol y no hay fiesta popular o encuentro político sin campeonatos de encestandos. Tampoco falta nunca la música: marimba, banda o recodo. Aunque ya han aparecido grupos de rock en lengua propia y otras mezclas más modernas. Los tzotziles, el pueblo indígena de los Altos de Chiapas son más reservadas y disciplinados que sus compañeros tzeltales, tojolobales o choles, de zonas más bajas y más cálidas, pero arrancan la sonrisa del visitante en la pista de baile. Pueden bailar durante toda la madrugada y estar al pie del cañón al día siguiente en largas asambleas y discusiones. Y es que son unos maestros en la paciencia. Su cosmovisión indígena está

<sup>253</sup> Carlos Lenkersdorf, “Lenguas y Diálogo Intercultural” en la *Revista electrónica de estudios filológicos Tonos*, n° 6, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, México 2006 <http://www.um.es/tonosdigital/znum6/estudios/Lenkersdorf.htm>  
Podeis leer artículo, de él, en este mismo libro

basada en la concepción del Nosotros y en la dualidad hablar – escuchar. Las lenguas mayas no usan casi la primera persona del singular sino la del plural y se fundamentan en una relación sujeto – sujeto, no en la del sujeto – objeto de nuestra lengua latina. Y eso explica su práctica política colectiva. El nosotros supone yo y mi comunidad o mi colectivo. Y como señaló también Lenkersdorf <sup>254</sup>, la traducción de “yo te dije” en tojolabal (y se repite en el resto de lenguas de origen maya) es “kala awab’i”, es decir “Yo dije. Tú escuchaste”.

Esta perspectiva lingüística se convirtió en los zapatistas en principio organizativo. Así como el dicho tojolabal lo afirma: “Nuestras autoridades obedecen a nosotros”<sup>255</sup>. El *mandar-obedeciendo*, una vez más, donde la política se construye horizontalmente entre todos, a partir del principio de consulta y de revocación del mandato.

### Repercusión nacional e internacional

Cuando saltó a la luz pública, el EZLN fue una sacudida a una sociedad anestesiada, secuestrada por más de 60 años por un partido único que había perdido su legitimidad, y en crisis económica. Desde la rebelión estudiantil del 1968, grupos sociales marginales -los estudiantes, la guerrilla- habían empezado a invadir el escenario político pero la Guerra Sucia impulsada en los '70 y 80 para desmovilizar al movimiento social y la decepción por el fraude electoral de 1988 habían sumido a los mexicanos en el marasmo. Sin embargo, aquel despertar de 1994, develaba desde las sombras todo lo acallado durante tantos años. Recuperando la lucha de los primeros zapatistas, los indígenas eran por vez primera en este país, los protagonistas de una revolución social. Este papel se ha ido ampliando conforme ha avanzado la trayectoria del movimiento. “El EZLN nos cambió la vida. Bajó el ejercicio de la política a la comunidad. Se extendió la percepción que nuestra palabra podía contar si así lo decidíamos, y se extendió la participación de estudiantes, campesinos, clases medias en los medios, en la esfera pública”, explica Gloria Muñoz, periodista que ha vivido muchos años en las comunidades zapatistas y sigue desde cerca su trayectoria.



<sup>254</sup> Carlos Lenkersdorf, “Lenguas y Diálogo Intercultural” en la *Revista electrónica de estudios filológicos Tonos*, n° 6, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, México 2006 <http://www.um.es/tonosdigital/znum6/estudios/Lenkersdorf.htm>

<sup>255</sup> *Ibidem*



El apoyo nacional paró la matanza que se hubiera desencadenado entre un Ejército profesional y una guerrilla campesina ataviada con más palos que armas de fuego. Pero el respaldo solo vino de la sociedad civil. Apelaron a las instituciones oficiales para que éstas reconocieran los derechos de todos los pueblos indígenas de México, pero al no conseguirlo se fugaron de él constituyendo la semilla de otro orden posible, de otro país. Su iniciativa dio visibilidad a los pueblos indígenas en un país tremendamente racista, y convirtió a los pueblos originarios en un actor político con voz propia. Además puso al descubierto el orden institucional y la clase política mexicana en su conjunto. El rechazo de los partidos a las demandas de los pueblos indígenas demostró, de izquierda a derecha, que la posibilidad real de cambio social no tiene su piedra de toque ni en las instituciones, ni en los partidos. Su carácter eminentemente diferente y de diferentes se puso de manifiesto cuando fue la comandanta Esther y no el subcomandante Marcos quien tomó la palabra en la tribuna. Ese gesto demostró hasta qué punto los zapatistas eran algo distinto, inédito, *muy otro*, como dicen en las comunidades. Y esa diferencia radica en el sentimiento de lo colectivo que mantienen todos los pueblos originarios.

“Lo que nos enseñó el EZLN, es realmente a luchar, que íbamos a luchar por esas demandas y nos advirtieron que iba a llevar un largo tiempo. Y descubre que la pobreza que existe en la comunidad es por culpa de unos explotadores, entonces como que le abre a uno la vista, el pensamiento, el corazón a que no es porque no trabajamos que somos pobres, o como alguno que otro decía es que dios así quiere de por sí, que unos van a ser ricos y otros van a ser pobres. Entonces como que el EZLN hace una nueva propuesta a diferencia de otras organizaciones, porque la propuesta de él es a luchar, no sólo a correr a los finqueros, sino a trabajar. Va a luchar por la salud, por la educación, por la alimentación, por la vivienda, por la justicia, por la democracia” explica el compañero Jacinto en Radio Insurgente, la emisora zapatista, al ser preguntado sobre cómo le cambió la vida con el EZLN.

Esta autonomía de facto también cruzó fronteras y causó simpatías en todo el mundo y para ello fue clave la figura del Subcomandante Marcos, un mestizo que adoptó la causa y que es capaz de trasladar el mensaje indígena con humor y desparpajo para seducir a los pensadores occidentales. Sus tiros verbales certeros posicionaron al EZLN en los medios mundiales y sacudieron a las izquierdas de la vieja Europa y EEUU, en plena crisis ideológica después de la caída de Berlín y el auge del neoliberalismo. En la época donde se proclama el fin de las ideologías, el zapatismo abre una nueva brecha a la izquierda. Y lo hace con una nueva semántica, resignificando las formas de organizativas, las demandas, desde la diversidad y la cosmovisión indígena. “Un mundo donde quepan muchos mundos”, dicen los zapatistas. Así se vuelve inspiración para todas las luchas posteriores. En América Latina inaugura un ciclo de revoluciones que pasa por los piqueteros argentinos o el ascenso de Evo



Morales, en Europa y EEUU es el modelo de los movimientos altermundistas. El sociólogo portugués Boaventura da Souza lo resumía muy bien este primero de enero de 2012 en las jornadas por el 18º aniversario. “El movimiento zapatista es fundador de las luchas anticapitalistas actuales. Es una quiebra de la ortodoxia marxista que existía antes y que había destruido la izquierda europea y el zapatismo surge con un discurso, una semántica novedosa. Además, aunque en Ecuador y Bolivia ya había movilizaciones indígenas muy fuertes, es el EZLN quién logra llamar la atención del mundo hacia el movimiento indígena. Por otro lado, nace con un corte clásico de guerrilla pero de inmediato se transforma recoge las visiones de la sociedad civil. No es un partido ni un movimiento de vanguardia, intenta caminar con los que caminan más despacio. Es otra lógica, otras formas organizativas. Y las luchas actuales no se pueden entender sin el zapatismo”.

Para devolverle el favor, organizaciones de todo el mundo se volcaron con el EZLN a través de redes internacionales solidarias que apoyan con financiación el proceso de autonomía zapatista, permitiéndoles haber creado la red de escuelas, clínicas, centros de comunicación, o incluso el acceso al agua potable en muchos de los casos.

“Antes cuando había un problema en nuestra comunidad a veces iba uno hasta donde está el mal gobierno y ahí solamente arreglaba su problema el que tenía dinero. Pero ahora ha cambiado, porque aquí con nosotros, con nuestro gobierno del pueblo ya no se necesita dinero, sino que el que de por sí tiene la razón es el que tiene la razón, y el que tiene la culpa pues se reconoce que tiene la culpa” relata en la misma emisora con un castellano traducido de su lengua madre, el compañero Francisco, zapatista del pueblo de San Miguel, del Caracol La Realidad, en la parte más septentrional del estado.

Así las cosas, referirse al zapatismo ahora, 18 años después del alzamiento, no es hablar solamente de un grupo guerrillero, sino de una nueva forma de relaciones sociales entre las comunidades y de una nueva forma de ver y vivir el mundo. Más allá de las armas, impactó su decisión y su dignidad, que despertó la conciencia de millones de ciudadanos y ciudadanas y volcaron hacia Chiapas los reflectores internacionales.



## La represión no cesa



Pero con el paso de los años, los zapatistas han perdido poder mediático, y con la sombra, se han acentuado los hostigamientos. Pese al alto al fuego, el gobierno ha mantenido siempre un cerco militar en los territorios zapatistas, y el ejército ha sido denunciado en numerosas ocasiones de violar los Derechos Humanos con amenazas, toma ilegal de tierras, ejecuciones, torturas o por forzar el desplazamiento de los pobladores indígenas. Según el Centro de Análisis Políticos e Investigaciones Sociales y Económicas (CAPISE) se mantienen 118 instalaciones militares, 57 de las cuales en tierras comunales. Permanece así el estado de acecho, con una guerra sumergida y olvidada, en donde los excesos pasan desapercibidos por la falta de información.

Al acoso de los soldados se sumó una nueva estrategia de contrainsurgencia a través de paramilitares, otros indígenas a sueldo, entrenados y armados que acechan constantemente a los zapatistas, de tal manera que mediáticamente parezcan conflictos interétnicos o religiosos.

“Hay un conflicto armado no resuelto. Se mantienen las fuerzas militares en el territorio y aparecen paramilitares con un rostro civil, pero que operan con hostigamiento, amedrentamiento con poblaciones zapatistas o sus simpatizantes. Es una estrategia integral de contrainsurgencia”, resume Jorge Armando Gómez, del Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de Las Casas (Frayba), en Chiapas.

Las pruebas sobre la actividad paramilitar sobran: asesinatos, masacres, como las 45 personas asesinadas en el poblado de Acteal en 1997, robos de cosechas y ganado son una constante. El Frayba lleva a cabo un trabajo sistemático de recolectar información y denunciar los crímenes, tanto de paramilitares como del Ejército. Quien lea algunos de sus informes anuales, se encontrará con una situación crítica en Chiapas, donde la criminalización de la protesta está a la orden del día, mientras las comunidades indígenas resisten desde hace años toda clase de vejaciones. De hecho, el

mismo Frayba, ha sufrido una campaña de difamación y criminalización por su misma labor de denuncia, además de que varios de sus integrantes han sufrido amenazas directas.

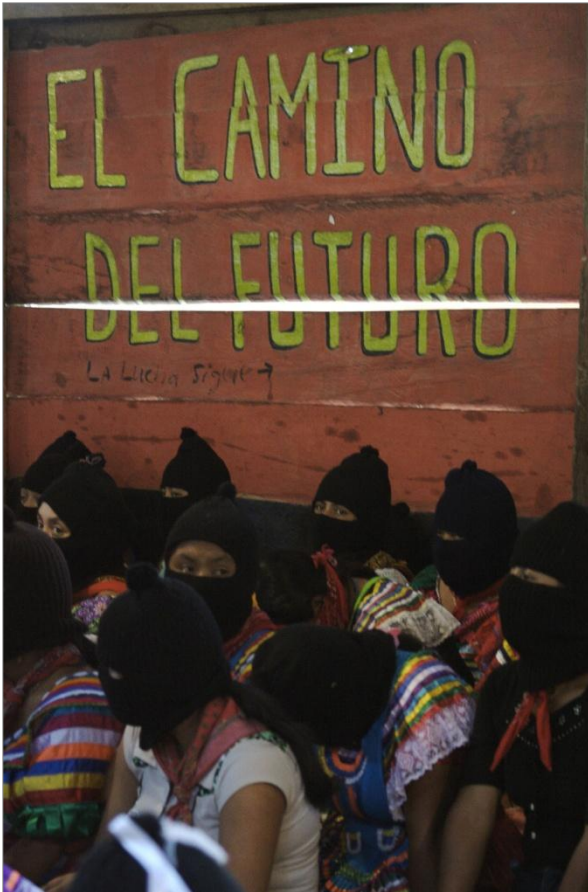
“Siguen aplicando una estrategia de deslegitimación del movimiento y todos sus simpatizantes. El movimiento zapatista es por su naturaleza una piedra en el zapato de México. Choca con un modelo de desarrollo y explotación del territorio neoliberal y además lo hace en la frontera sur, un lugar importantísimo geoestratégicamente con todos los intereses económicos transnacionales, hacia Centro y Suramérica. Es una piedra que se resiste pero además es mucho más grande y simbólica porque aporta alternativas a la humanidad”, arguye Gómez.

En efecto, la praxis del zapatismo propone alternativas de respeto intercultural, políticamente lleva a cabo el autogobierno y la libre determinación, en lo económico busca la producción colectiva, el uso y cuidado de la tierra más allá de lo material. “Siempre se buscará acabarlos por todos los medios posibles, porque se opone a la creencia de que el capitalismo neoliberal es el único modelo válido para la sociedad”, agrega Gómez.



De hecho, además de la importancia geoestratégica de Chiapas, en los últimos años se ha convertido en un nuevo foco nacional de la inversión turística y ambos intereses chocan con la defensa del territorio de los indígenas. Entre los proyectos estatales más importantes destacan la construcción de una autopista San Cristóbal-Palenque, y la creación de una presa hidroeléctrica en los ríos Agua Azul, Tulijá y Bascán, que despojaría a las comunidades de sus recursos naturales más importantes.

Cuando las comunidades se oponen, el gobierno se intenta apropiarse del territorio con desalojos forzados, la cooptación para la firma de convenios y proyectos de desarrollo, la ocupación policial y militar de la zona, la criminalización de defensores y la judicialización de acciones de defensa de derechos. Como explica el Frayba, lo que se disputa es “evitar el empoderamiento de los pueblos indígenas de la región para ejercer su derecho a decidir qué necesitan como pueblos y cómo pueden cuidar, proteger y defender sus territorios”.



A eso se suma la presión constante de los partidos políticos que con regalos simbólicos y promesas intangibles intentan romper la autonomía de los pueblos zapatistas en resistencia. “Hay altibajos en las comunidades, porque el gobierno nos está atacando con sus programas, con sus proyectos, entonces nos está atacando de maneras de que dejemos de luchar y nos salgamos de la lucha y ahora podamos volver a ser dominados por él”, resume el compañero Jacinto desde La Realidad.

Sin embargo, todo lo que han hecho y continúan haciendo las comunidades indígenas zapatistas, su andar colectivo, es posible gracias a la conciencia política que han desarrollado a la par de su organización para la vida. Una lógica distinta, que no solo implica la defensa y control de sus territorios sino una manera de pensar y organizar diferente. Bajaron la política a la gente, se reapropiaron de su voz y se volvieron el motor de cambio de sus propias vidas. Una lección que ahora repiten los piqueteros, los indignadxs o los okupas. Pues la apuesta decidida por la autonomía en las montañas del sureste mexicano sigue floreciendo y polinizando el mundo.

